

BIBLIOTECA DE ZEA

EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCÉS I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

(Continuacion.)

ACTO III. (1)

El teatro representa una prision. Puerta principal al foro; a la derecha, puerta secreta.—Es de noche; una luz cuelga de la bóveda.—Una mesa i dos bancos.

ESCENA I.

DON VASCO (*Solo.*)

D. VASCO. (*Sentado.*) ¡Todo concluyó ya para mí! Algunos momentos mas, i habrán cesado todos mis padecimientos; algunos momentos mas, i mis oidos se habrán cerrado a las conversaciones de los hombres; mis ojos no verán mas la luz del dia; mis manos no podrán ya esgrimir ese acero que tantas veces empuñé contra los enemigos de mi patria i de mi relijion; algunos momentos mas, i el alma de Vasco de Gomez habrá pasado a la eternidad. . . . ¡Oh, qué tristes pensamientos se agolpan a mi confusa mente! ¡qué aterradoras fantasmas se presentan a mis ojos! ¡qué fatídicos recuerdos vienen a acibarar la última hora de mi vida! ¡Mi hijo, mi hijo a quien maldije! ¡Infeliz Alonso! ¡Ah! ¡no comprendo cómo por un humo de honor i de falsa gloria, pudo renegar de su fé! ¡no comprendo cómo pudo resolverse a abandonar a sus amigos, su patria, su padre i,

(1) El presente acto i las primeras escenas del IV, no existen en el orijinal frances: "La Malediction," drama en tres actos, de M. L'Evêque.

hasta su mismo Dios! . . . ¡Insensato, insensato Alonso! . . .
(*Pausa.*) ¡Ah! si pudiese hablarle todavía una vez para ver si
puedo hacer que vuelva a mejores sentimientos Pero, aunque
he pedido se me haga este favor, creo que mis verdugos no me
concederán este último consuelo.

ESCENA II.

DON VASCO, ABDALLAH.

ABDALLAH. (*Entrando, con una linterna, por el foro.*) Prisionero,
has enviado a solicitar se te conceda la gracia de ver por última
vez a tu hijo, i nuestro magnánimo señor, el gran Tarik, querién-
dote dar una prueba de su clemencia, aunque tan mal hayas co-
rrespondido a ella, ha accedido gustoso a tu peticion.

D. VASCO. (*Aparte.*) ¡Gracias, Dios mio!

ABDALLAH. Ojalá el noble Almanzor logre persuadirte que le
imites, abjurando de una vez esa tu relijion maldita i librándote
así de los horribles tormentos que te esperan.

D. VASCO. Basta, carcelero, guarda tus reflexiones; i si es ver-
dad que Tarik me concede el consuelo de volver a ver mi hijo,
condúcelo inmediatamente a mi presencia, pero, que sea sin tes-
tigos; quiero estar solo con él.

ABDALLAH. Bien, así se hará; voi en su busca. (*Vase por el
foro.*)

ESCENA III.

DON VASCO (*Solo.*)

D. VASCO. ¡Ah! ¡mi hijo va a venir! . . . ¡Dios mio, inspiradme,
dad bastante persuasion a mis palabras para que pueda atraerlo
al arrepentimiento! Sí, él oirá mi voz, oirá mis amargas que-
jas, verá mi dolor i escuchará la última voluntad de su padre.
(*Escuchando.*) ¡Cielos! siento sus pasos . . . ¡Dadme valor, Dios
mio! (*Se sienta.*)

ESCENA IV.

DON VASCO, ALMANZOR.

ALMANZOR. (*Entra por el foro, se detiene i luego cae de rodillas a
los piés de su padre.*) ¡Padre mio!

D. VASCO. (*Aparentando la mayor calma.*) Tomad un asiento.

ALMANZOR. Dejadme suplicaros de rodillas que salveis vuestra vida por medio de una pronta abjuracion.

D. VASCO. Servios sentaros; yo os lo ruego.

ALMANZOR. (*Siempre de rodillas.*) Padre ¡abjurad, abjurad, por amor a vuestro hijo!

D. VASCO. (*Levantándose.*) Entónces, aguardaré.

ALMANZOR. ¡Padre mio! ¡padre mio!

D. VASCO. Os he pedido que os senteis.

ALMANZOR. Ya obedezco. (*Se sienta en el banco que le señala su padre.*)

D. VASCO. Supongo no habreis extrañado que os haya hecho venir a este lugar, a no ser que

ALMANZOR. Hablad, hablad; ya os escucho.

D. VASCO. (*Con mucha calma.*) Alonso, yo he procurado toda mi vida ser un hombre de bien.

ALMANZOR. ¡Ah! vos habeis sido siempre el ejemplo del honor i de la probidad.

D. VASCO. Mucho habeis ponderado. Ya se ve, debeis saberlo mejor que yo; pero, dejadme deciros todo lo que tengo aquí en el corazon.

ALMANZOR. ¿De qué quereis hablarme?

D. VASCO. Quiero hablaros de vuestra niñez. ¡Es tan grato recordar aquellos hermosos dias en que todo respirando inocencia, solo encierra dichas i encantos! . . . Sin duda no habreis olvidado las caricias de vuestra madre; esos besos llenos de ternura que mil veces ella imprimió en vuestra frente

ALMANZOR. ¡Madre mia!

D. VASCO. ¡Ah! con cuanto amor, ella, estrechando a su hijo en sus brazos, le enseñaba a balbucear el nombre de ¡padre! i a repetir el dulce nombre de ¡madre! . . . I mas tarde ¡con cuánta dulzura lo exhortaba a que fuese siempre un buen i amante hijo, fiel a su patria i a su relijion! . . .

ALMANZOR. ¡Padre mio!

D. VASCO. Ella i yo nos hemos desvelado por daros una educacion conveniente; ámbos hicimos cuanto estuvo de nuestra parte para inculcaros todas aquellas cristianas máximas que podian servir para vuestro bienestar i felicidad

ALMANZOR. ¡Ah, matadme, pero no me trateis así!

D. VASCO. (*Impasible.*) Ambos queriamos hacer de vos un caballero digno de la noble sangre que corre en vuestras venas; un caballero lleno de honor, lleno de amor hácia su patria i hácia su Dios.

ALMANZOR. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) ¡Ah!

D. VASCO. La dicha me sonreia por todas partes; sí, era mui dichoso. La tierra era entónces para mí un paraiso, pues vivia radiante de felicidad al lado de mi idolatrada esposa i de Alonso . . . ; Alonso, el hijo de mi amor.

ALMANZOR. (*Aparte.*) ¡Ya no puedo mas sufrir!

D. VASCO. Trascurrió un año mas... ¡mi esposa habia muerto!...

ALMANZOR. (*Sollozando.*) Madre mia ¿por qué no morí yo contigo?

D. VASCO. Quedé, pues, solo, encargado de la educacion de mi hijo. Desde entónces, tampoco he perdonado medio alguno para que el único heredero que me quedaba fuese digno de llevar el nombre de Gomez; fuese capaz de poder presentarse con la frente erguida delante de todo el mundo, sin tener nada de que ruborizarse, nada que echarse en cara, nada de que arrepentirse mas tarde.

ALMANZOR. (*Cayendo de rodillas, con las manos alzadas hácia su padre.*) ¡Padre mio! ¡padre mio!

D. VASCO. (*Levantándose i tomándolo de una mano.*) ¡Calla! ¡calla!... Ya te lo he dicho: ese nombre no debe estar en tus labios en tanto que no laves el negro baldon que has arrojado sobre mi casa.

ALMANZOR. Pero, señor...

D. VASCO. (*Con voz mas dulce.*) Mañana, yo habré muerto...

ALMANZOR. (*Levantándose.*) ¿Qué decis?

D. VASCO. Sí, pronto mi cabeza va a caer bajo el hacha del verdugo.

ALMANZOR. (*Comienza a estraviársele la razon.*) ¡Ah!

D. VASCO. (*Con ternura.*) Que a lo ménos lleve a mi tumba un consuelo: que el hijo perjuro, el hijo traidor poco ha a sus afectos mas caros, ha vuelto de nuevo al seno de donde se habia separado. Vamos, hijo mio, si quieres llamarte tal, si quieres obtener el perdon de Dios i el mio, despedaza ese turbante, abandona ese traje que envilece a quien le lleva, renuncia a esa corona que ambicionas i exclama sin temor: ¡cristiano soi!

ALMANZOR. (*Que le ha estado mirando con ojos desencajados.*) Ya es imposible ¡es demasiado tarde!... Lopez me llama... Es él, es su voz... Ya voi, Lopez, ya voi... Mi frente se arde... Una mano invisible graba en ella, con caractéres de fuego, el nombre de ¡Renegado!... Sí, yo soi enemigo de Dios, enemigo de los hombres, enemigo de mi padre... ¿A dónde huiré?... ¿dónde me esconderé?...

D. VASCO. (*Siguiendo a Almanzor que se va.*) ¡Alonso! ¡Alonso! vuelve en tí; dí si abrazas de nuevo tu fé; pronuncia una palabra i moriré contento.

ALMANZOR. (*Desasiéndose de su padre que lo retiene.*) ¡Dejadme! ¡dejadme!... ¡Apartaos de mí que soi un maldecido! (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

DON VASCO. (*Solo.*)

D. VASCO. ¡Dios mio, tú que castigas i perdonas . . . , tú que me has sostenido durante cincuenta años de combates i de trabajos . . . , tú que me has enseñado a sufrir por tu santa causa . . . , apiádate de mi hijo i concédele tu perdon!

ESCENA VI.

DON VASCO, JUANINO.

JUANINO. (*Entrando con una linterna por la puerta secreta.*) No temais, señor don Vasco; soi un antiguo servidor vuestro.

D. VASCO. ¡Un antiguo servidor mio!

JUANINO. ¡Qué! ¿no me reconocéis? ¿no os acordais ya del viejo Juanino?

D. VASCO. ¡Juanino! ¿eres tú? . . . Pero ¿cómo es que te encuentro aquí, en la morada de Tarik?

JUANINO. Básteos saber, señor, que soi prisionero de guerra, i, como tal, no habiendo querido abjurar de mi fé, he sido reducido a la esclavitud.

D. VASCO. ¡Pobre Juanino! yo te creia ya muerto. ¡Cuánto me alegro de volverte a ver, aunque sea en tan tristes momentos! . . . Pero ¿a qué has venido?

JUANINO. A traeros siquiera un último consuelo.

D. VASCO. No te entiendo.

JUANINO. Os traigo un sacerdote.

D. VASCO. ¡Un sacerdote! . . . De veras, Juanino, que no comprendo como pueda ser eso.

JUANINO. Todo ha sido una disposicion de aquella Providencia infinita que jamas abandona al desgraciado. Escuchadme: mis palabras, durante el tiempo que he pasado en este castillo, han tocado el corazon de Ibrahim, que es, se puede decir, el verdadero amo i señor, pues se ha granjeado toda la voluntad de Tarik. Hablando con él, ayer tarde, me manifestó el deseo que tenia de hacerse cristiano i de verse, con este objeto, con un sacerdote de nuestro culto. Muchas dificultades se presentaban, pero, para allanarlas, me entregó la llave de una poterna que cae al bosque, diciéndome que enviase a vuestro campamento al aldeano Perico, a quien debeis conocer.

D. VASCO. ¡Oh, sí! es hijo de uno de los hombres mas fieles a la causa que defendemos.

JUANINO. Pues bien, así se hizo; pero el diantre de muchacho no ha vuelto i solo hemos visto llegar al sacerdote, quien, gracias

a Ibrahim, que me ha proporcionado la llave de esa entrada secreta, no tardará en venir.

D. VASCO. ¡Oh, amigo mio! no sé como manifestarte mi agradecimiento; pero Dios te recompensará.

JUANINO. El buen religioso espera en esa parte del subterráneo.

D. VASCO. Pues, entónces, llamadlo; que venga cuanto ántes.

JUANINO. (*Abriendo la puerta secreta.*) Entrad, padre mio, entrad.

ESCENA VII.

DICHOS, PERICO (*Disfrazado de religioso con una larga barba i la capucha calada.*)

PERICO. *Deo gratias!* (*Aparte.*) Estoi que la camisa no me llega al cuerpo.

D. VASCO. Puedes retirarte, Juanino.

JUANINO. Os dejo, señor don Vasco; pero, será para volver pronto. ¡Oh, si pudiese salvaros!

PERICO. (*Aparte.*) ¡Salvarlo!

D. VASCO. Estoi resignado con mi suerte, Juanino. ¿Qué quieres? Dios lo ha dispuesto así ¡que se cumpla su divina voluntad! . . . ¡Oh! te recomiendo a mi hijo; tú velarás sobre él ¿no es verdad?

PERICO. (*Aparte.*) ¡Qué oigo!

JUANINO. (*Tomando la linterna.*) Ya hablaremos, señor; yo volveré. Os dejo con ese santo religioso. Tened ánimo ¡hasta luego!

PERICO. (*Deteniéndolo.*) Aguardad. ¿Habeis dicho que deseabais salvar al señor don Vasco?

JUANINO. ¡Ah, sí! aunque fuese a costa de mi propia vida.

D. VASCO. ¡Juanino!

PERICO. ¿Aunque sea a expensas de tu vida, dices?

JUANINO. Dios es testigo de que, lo que mis labios pronuncian, lo siente el corazon.

PERICO. Abrázame, Juanino.

JUANINO. ¡Qué os obrace!

PERICO. Abrázame, te digo. (*Quitándose la capucha i la barba.*)

D. VASCO, JUANINO. ¡Perico!

PERICO. El mismo, en cuerpo i alma.

JUANINO. ¡Bendito sea Dios!

D. VASCO. Pero ¿qué has venido a hacer aquí?

PERICO. ¿Qué he venido a hacer? . . . ¿qué he venido a hacer? . . . Pero, Juanino os lo ha dicho: vengo a salvaros.

D. VASCO. ¡A salvarme!

PERICO. Lo que ois. Pero, no me digais nada, no me preguntéis nada, porque ni os oiré, ni os contestaré. Enviado por Juanino en busca de un sacerdote, me fuí en derechura al convento que está al otro lado del bosque. Hice llamar al padre guardian

i le expuse lo que intentaba Momentos despues, Perico, transformado en un fraile hecho i derecho, volaba, que no corria en direccion al castillo. Llegué a la poterna: los soldados que custodian esa parte de la fortaleza, habian recibido órden de dejar entrar a un relijioso; el relijioso entró; Juanino lo esperaba i ¡aquí me teneis! Ahora la cosa es mui sencilla: los soldados que custodian la poterna saben que un relijioso ha entrado i que, esta misma noche, un relijioso debe salir; pues bien, en lugar de frai Perico, saldreis vos.

D. VASCO. ¡Yo!

PERICO. (*Quitándose el hábito.*) Aquí teneis el hábito que os ha de salvar.

D. VASCO. Pero

PERICO. No hai pero que valga. Ya os dicho que no os oiré, ni os contestaré. Soi sordo i mudo a ese respecto. Tomad. (*Le pasa el hábito.*)

D. VASCO. Pero ¿qué va a ser de tí?

JUANINO. Haced, señor, lo que os dice Perico; no hai otro medio de salvacion. (*Principian a vestir a don Vasco.*) Con respecto a nosotros, nada temais: saldremos por esa misma puerta secreta i volveremos a ocupar nuestros puestos en palacio.

D. VASCO. Pero, Ibrahim os preguntará por el relijioso i, entónces

JUANINO. Fácil será manifestarle que ha sido imposible proporcionarse ninguno; i, en último caso, señor don Vasco, yo le confesaré la verdad; i, estad persuadido, él no podrá ménos de aplaudir lo que él mismo deseaba aunque no se atrevia a llevar a cabo.

D. VASCO. Si es así, nada tengo que añadir.

PERICO. (*Mirando a don Vasco i riéndose a mas i mejor.*) Já, já, já. ¡Si pareceis un dómine benedictino! I, ahora ¡en marcha! Ya sabeis: el paso mesurado, los brazos cruzados sobre el pecho, la capucha bien calada, los ojos fijos en el suelo ¡eso es! i, luego, si os interpelan, no olvideis la consigna: *Pax vobiscum!* o *Deo gratias!* i ¡arre!

D. VASCO. Deja que te estreche entre mis brazos; i tú tambien, Juanino. Venid ámbos aquí, junto a mi corazon. (*Los abraza estrechamente.*)

VOZ DENTRO. ¡Centinela, alerta!

JUANINO. (*Escuchando.*) Parece que la jente de palacio se pone ya en movimiento.

PERICO. (*Yendo a la puerta del foro.*) En efecto, se siente como un lejano rumor.

JUANINO. Partamos, entónces, partamos pronto. (*Vánse por la puerta secreta.*)

VOZ MAS LEJANA. ¡Alerta, centinela!

(*Cae el telon.*)

(*Concluirá.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

EL PAJARO VERDE.

(Conclusion.)

V.

Miéntras acontecian, en sueño o en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente, i aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solia estar levantado i aun almorzado en aquella época, la princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguia en la cama.

Mui interesantes juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traia, cuando se atrevió a despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana i exclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad i alegraos, que ya hai quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La princesa despertó, se restregó los ojos, se incorporó i dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al pais sabeo?

—Nada de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detras de una puerta aguardando este permiso, i empezó a referir con gran puntualidad i despejo cuanto le habia pasado.

Al oir la aparicion del pájaro verde, la princesa se llenó de júbilo, i al escuchar su salida del agua convertido en hermoso príncipe, se puso encendida como la grana; una celestial i amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, i sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma i ver al príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneracion i afecto que el príncipe le tenia, i el amor i cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la princesita, a pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó i besó a la lavanderilla i a la doncella, e hizo otros extremos no ménos disculpables, inocentes i delicados.

—Ahora sí, decia, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa*. Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era i es un amor que por oculto i no acostumbra-

do camino ha penetrado en mi corazón. No he visto al príncipe, i creo que es hermoso. No le he hablado, i presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida, sino que está encantado i que me tiene encantada, i doi por cierto que es valiente, jeneroso i leal.

—Señora, dijo la lavandarilla, yo puedo asegurar a V. A. que el príncipe, si mi vision no es un sueño vano, parece un pino de oro, i tiene una cara tan bondadosa i dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado aficion, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, i ámbas sereis mandarinas i damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazón me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar a los tres pájaros mancebos.

—¿I cómo podremos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

—Yo misma, contestó la princesa, iré al palacio en que viven i allí veremos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no habia terminado su narracion, la terminó entonces, e hizo ver que no podia servir de guia.

La princesa la escuchó con mucha atencion, estuvo meditando un rato, i dijo luego a la doncella:

—Vé a mi biblioteca i tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* i el *Almanaque astronómico*.

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la princesa el de *Los Reyes*, i leyó en alta voz los siguientes renglones:

“El mismo dia en que murió el emperador chinesco, su único hijo, que debia heredarle, desapareció de la corte i de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de la Tartaria.”

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir? respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado a mi príncipe para usurparle la corona. Hé ahí por qué aborrezco yo tanto al príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato, añadió la princesa, i para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, a todos los caminos i encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el príncipe tártaro al rei su padre para consultarle sobre el pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas i se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, será muertos; si ceden, serán aprisionados e incomunicados, a fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el rei mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sijilo. Aquí teneis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad i la enerjía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

I efectivamente, la princeca, que ya se habia levantado i estaba de bata i en babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, i se las dió a sus confidentas.

Estas partieron sin tardanza a poner en ejecucion lo convenido, i la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico*.

VI.

Cinco dias habian ya pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La princesa no habia llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro i placer al rei su padre. La princesa habia estado hasta jovial i bromista, dando leves esperanzas a los príncipes pretendientes de que al fin se decidiria por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie habia sospechado la causa de tan repentina mudanza i de tan inesperado alivio en la princesa.

Solo el príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera mui vaga, que la princesa habia recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenia, ademas, el príncipe tártaro un misterioso presentimiento de una gran desgracia, i habia adivinado por el arte májica, que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debia mirar un enemigo. Calculando, ademas, como sabedor del camino i del tiempo que en él debe emplearse, que aquel dia debian llegar los mensajeros que envió a su padre, i ansioso de saber lo que respondia éste a la consulta que le hizo, montó a caballo al amanecer, i con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas, aunque el príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa*, que tenia espías, i estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, i llamó a consejo a la lavanderilla i a la doncella.

Luego que las tuvo presentes, les dijo mui angustiada:

—Mi situacion es terrible. Tres veces he ido inútilmente a tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Solo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver a verle hasta el próximo equinoccio de la misma estacion, i ya para entónces el príncipe tártaro me le habrá muerto. El príncipe tártaro le matará en cuanto reciba la carta de su padre, i ya ha salido a buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijais, hermosa princesa, dijo la doncella favorita; tres partidas de cien hombres están esperando a los mensajeros

en diferentes puntos para arrebatárles la carta i traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, i no se dejarán vencer por el príncipe tártaro a pesar de sus artes mágicos.

—Sin embargo, yo soi de opinion, añadió la lavandera, de que se envíen mas hombres contra el príncipe tártaro. Aunque éste, a la verdad, solo lleva cuarenta consigo, todos ellos, segun se dice, tienen corazas i flechas encantadas, que a cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La princesa hizo venir secretamente a su estancia al mas bizarro i entendido jeneral de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas, i le pidió su apoyo. Este se le otorgó, i reuniendo apresuradamente un numeroso escuadron de soldados, salió de la capital decidido a morir en la demanda o traer a la princesa la carta del Kan de Tartaria i al hijo del Kan, vivo o muerto.

Despues de la partida del jeneral, la princesa juzgó conveniente informar al *Rei Venturoso* de cuanto habia acontecido. El rei se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija i de la levandera, i se lamentó de que, fundada su hija en un sueño, enviase a tantos asesinos contra un príncipe ilustre, faltando a las leyes de la hospitalidad, al derecho de jentes i a todos los preceptos morales.

—¡Ai hija! exclamaba, tú has echado un sangriento borron sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La princesa se acongojó tambien, i se arrepintió de lo que habia hecho. A pesar de su vehemente amor al príncipe de la China, preferia ya dejarle eternamente encantado a que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al jeneral para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El jeneral habia ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entónces aun no habian telégrafos, i los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el jeneral, vieron venir huyendo a todos los soldados del rei i los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos jenios, corrian en su persecucion transformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Solo el jeneral, cuya bizarría, serenidad i destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El jeneral se fué hácia el príncipe, único enemigo no fantástico con quien podia habérselas, i empezó a reñir con él la mas brava i descomunal pelea. Pero las armas del príncipe tártaro estaban encantadas, i el jeneral no podia herirle. Conociendo entónces que era imposible acabar con él si no recurria a una estratajema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga i fuerte faja de seda que le ceñia el talle, hizo con ella, sin ser notado, un lazo es-

curridizo, i revolviendo sobre el príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, i siguió con su caballo a todo correr, haciendo caer al príncipe i arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el jeneral al príncipe tártaro. No bien murió, los jenios desaparecieron, i los soldados del *Rei Venturoso* se rehicieron i reunieron a su jefe. Este esperó con ellos a los enviados que traian la carta del Kan de Tartaria, i que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo dia volvió a entrar el jeneral en el palacio del *Rei Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un jentil i respetuoso saludo, se la entregó a la princesa.

Rompió ésta el sello i se puso a leer, pero inútilmente: no entendió una palabra. Al *Rei Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron a todos los empleados en la interpretacion de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luego i no se mostraron mas hábiles.

Los siete sábios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, i que *por ende* estaban condenados a morir, acudieron tambien; mas, aunque se les prometió el perdon si leian aquella carta, no acertaron a leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rei Venturoso* se creyó entónces el mas desventurado de todos los reyes; se lamentó de haber sido cómplice en un crimen inútil, i temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta mui tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho mas desesperado, cuando al despertarse al otro dia mui de mañana supo que la princesa habia desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

“Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar a donde voi, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo i que estoi bien de salud, aunque no volverás a verme hasta que no tenga descifrada la carta misteriosa del Kan i desencantado a mi querido príncipe. Adios.”

VII.

La *Princesa Venturosa* habia ido con sus dos amigas a pié, i en romería, a visitar a un santo ermitaño que vivia en las soledades i asperezas de unas montañas altísimas que a corta distancia de la capital se parecian.

Aunque la princesa i sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era mas propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos i asnos, que, con perdon sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solia

cabalgar en aquel reino. Por esto i por devocion fué la princesa a pié i sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban a visitar era un varon mui penitente i estaba en olor de santidad. El vulgo pretendia tambien que el ermitaño era inmortal, i no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretension. En toda la comarca no habia memoria de cuándo fué el ermitaño a establecese en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La princesa i sus amigas, atraidas por la fama de su virtud i de su ciencia, anduvieron buscándole siete dias por aquellos vericuetos i andurriales. Durante el dia caminaban en su busca entre breñas i malezas. Por la noche se guarecian en las concauidades de los peñascos. Nadie habia que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldicion del ermitaño, pronto a echarla a quien invadia su dominio temporal, o a quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. A pesar de la natural bondad de su alma, su relijion sombría i terrible le obligaba a maldecir i a lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiracion, que solo el ermitaño podia descifrarles la carta, se decidieron a arrosstrar sus maldiciones i le buscaron, segun queda dicho, por espacio de siete dias.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas a guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta i melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, i casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era mas blanca que la nieve, cuya piel estaba mas arrugada que una pasa, i cuyo cuerpo se asemejaba a un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante, con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, i dijo con voz entera, alegre i suave:

—Gracias al cielo que al fin estais aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte i no podia morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rei de los jenos. Yo soi el único sabio que habla aun i entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel ántes de la confusion. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza i mueve a las potestades infernales a servir a quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar i desatar todos los lazos i leyes que unen i gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable i fecunda. Dialectos pobrísimos e imperfectísimos de ella son los mas hermosos i completos idiomas del dia. La ciencia de ahora, mentira i charlatanería en comparacion de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contie-

ne en sus letras la esencia de la cosa nombrada i sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen a quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseia esta lengua, que pretendió escalar el cielo, i lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Solo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot i sus descendientes. El último de éstos murió, una semana ha, por disposicion tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* i ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soi yo, i para hacerte ese servicio el rei de los jenos ha conservado siglos mi vida.

—Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable i profundo sabio! dijo la princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voi a descifrártela, contestó el ermitaño, i se caló los espejuelos, i se acercó a la lámpara para leer.

Mas de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovia, las estrellas se cubrian de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo como tiembla su imájen entre las olas del océano, i la princesa i sus amigas tenian que cerrar los ojos i que taparse los oidos para no ver los espectros que se mostraban i para no oír las voces portentosas, terribles o dolientes, que partian de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, el ermitaño se quitó los espejuelos i dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible, ¡oh *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hai en ella tremebundos i endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el dia, son estos misterios inefables, inenarrables i hasta inexplicables. El linaje humano, por medio de su incompleta i enfermiza razon, llegará a conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la sustancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria i que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elucubraciones*, de esta lengua perfectísima e intransmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla, si despues de lo que hemos pasado para encontraros, i siendo vos el único que podeis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no quereis traducirla.

—Ni quiero ni debo, replicó el vetusto i secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interesante para vosotras, i os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, por-

que los momentos de mi vida están contados i mi muerte se acerca.

El príncipe de la China es por sus virtudes, talento i hermosura, el favorito del rei de los jenios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle léjos de sus súbditos i reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible i eterno, mas no pudo lograrlo a pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rei de los jenios se opuso a su mal deseo, i si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamientos i conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo tambien el príncipe un palacio donde vivir i ser tratado con todo el miramiento, honores i regalo debidos a su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplieran las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinion que tiene de las mujeres, como por lo pervertida i viciosa que está la raza humana en jeneral, juzgó imposibles de cumplir.

Fué la primera condicion, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa i apasionada i de la mas baja clase del pueblo, viese a los tres mancebos encantados, que son los mas hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, i que la limpieza i castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen ni empañasen con el mas lijero estímulo de liviandad. Esta prueba habia de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debia sentirle por la hermosura i admirarla vivamente; pero de un modo espiritual i santísimo.

Fué la segunda condicion, ya cumplida tambien, que el príncipe, sin poder mostrarse sino tres instantes, i esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente i casto, cuanto invencible, a una princesa de su clase.

La tercera condicion, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la princesa se apoderase de esta carta, i que yo la interpretara.

La cuarta i última condicion, en cuyo cumplimiento habeis de intervenir las tres doncellas que me estais oyendo, es como sigue. Solo me quedan dos minutos de vida, mas, ántes de morir os pondré en el palacio del príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros i se zambullirán i se trasformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los vereis; mas habeis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos, i toda la virjinidad de vuestras almas, amando, empero, cada una a uno de los tres, con un amor santo e inocente. La princesa ama ya al príncipe de la China i la lavanderilla al escudero, i ámbas

han mostrado la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguireis sin ser vistas, i allí permaneceréis hasta que el príncipe pida la cajita de sus entrenimientos i diga, besando el cordoncito:

¡Ai, cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

La princesa, entónces, i vosotras con la princesa, os mostrareis al punto, i cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, i el príncipe de la China, no solo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos i provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apénas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca mui rara, entreabrió la boca, estiró las piernas i se quedó muerto

La princesa i sus amigas se encontraron de súbito detras de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitaño habia dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas e inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado i apretado beso sintieron mas que una profunda conmocion toda mística i pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China i la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del príncipe. La princesa i sus amigas lo fueron mas aun casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rei Venturoso* abdicó, i se fué a vivir a la corte de su yerno, que estaba en Pekin. El jeneral que mató al príncipe tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarin i una pension de miles de miles para él i sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* i el ya emperador de China vivieron largos i felices años, i tuvieron media docena de chiquillos a cual mas hermoso. La lavanderilla i la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de Sus Majestades, i siendo los señorones mas principales de toda aquella tierra.

JUAN VALERA.

A LA LUNA.

¡Con qué esplendor el cielo
Melancólica alumbras,
Derramando tus rayos
Arjentados, ¡oh luna!
I las sombras disipas
Que el bello cielo nublan,
Al deslizar tu carro
De suaves rodaduras
Por la rejion vacía
Que silenciosa surcas!
Atónito contemplo
La singular dulzura
De tu pálida lumbre
En la mansa laguna,
Cuya faz plateada
Lijeramente arruga
La fresca blanda brisa
Que los valles perfuma.
¡Cuán hermosa te miro
Del bosque en la espesura,
Al sepultar tus rayos
Que entre silvestres fuccias
I rosas resbalando
El monte espeso cruzan,
Como cintas de plata
La riquísima púrpura!
¡Cuán bella se retrata
De la ancha mar profunda
En las jigantes hondas
Tu imájen entre espumas,
De perlas semejando
Un mar, sus aguas puras!
¡Faro de los espacios,
Espléndorosa luna!
Extasiado te admiro,
I cuando la alta cúpula
Rielas del firmamento,
Conozco en tu hermosura
Lá mano bienhechora
Que tu curso regula!

JOSÉ M. UGARTE OVALLE.

EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L***

(Traducido del frances.)

LUCHITA.

I.

LA PRIMERA MUÑECA.

Sí, señorita, tendrá Ud. una nueva muñeca; pero, cúidela Ud. mucho esta vez: pues, si encuentro sus miembros en el jardín i su cabeza en la cocina, comenzaré a creer que Ud. no es una buena madre.

Es inútil que Ud. ponga esa cara tan aflijida. Puesto que consiento en renovar su familia, es porque estoy segura de su arrepentimiento.

Los soldados de Heródes, sus modelos, sin duda, solo una vez degollaron a los inocentes. La Historia Santa así lo dice. Espero, Luchita, que Ud. no será mas feroz que esos soldados, i que ésta será su última víctima.

Enjугue Ud. sus lágrimas; ellas solo sirven para borrar las lindas rosas de sus mejillas, así como Ud. ha desleído en la fuente los colores de su muñeca; i Ud. lo sabe: sus mejillas me pertenecen. Esas rosas son mias.

No crea Ud. que me envanezco; mas, ya que Dios las ha hecho así, quiero que Ud. las respete. Una muñeca se compra; mas, las rosas de la niñez, una vez marchitadas, fenecen, i, para siempre.

¿Se rie Ud.? ¿tan pronto? Eso me prueba que su dolor no era sincero. Pero, no empiece de nuevo con esos pucheros tan feos; eso me probaria que Ud. no me comprende. ¿Se sonrie Ud.? así me gusta. La sonrisa, hija mia, es la primera cortesía del alma. Con placer veo que aun conserva Ud. un poco de alma i que no ha olvidado del todo la cortesía. ¡Vamos, picarueta, deme Ud. un beso!

¿Sabes, Luchita, que no es cosa tan fácil escojer una nueva muñeca? La que acabo de encontrar ahogada en la fuente del jardín

era mui fea. No vayas a creer que quiero hablar mal de ella; pero, en fin, era poco sólida; tenia los dedos de los piés demasiado juntos, i los dedos de las manos siempre separados. No movia ni los brazos ni las piernas, i sus ojos vizcos te enseñaban a torcer los tuyos.

No te perdono que le hayas tronchado los brazos queriendo doblárselos para que te abrazase, ni que le hayas roto las piernas para obligarla a arrodillarse. Es preciso sepas que, en este mundo, no hai que forzar ni la ternura, ni los ruegos. Pero confieso que esa inmovilidad i esa rijidez impacientaban tanto como tu perpetuo movimiento. Sin embargo, lo ves, jamas se me ha ocurrido el despedazarte, para someterte a mi voluntad.

Dios no quiere que escojamos nuestros hijos; los escojeríamos segun nuestros gustos i quizás no segun el de ellos. El nos pone en los brazos, pequeños séres sin palabra i sin pensamiento, que debemos devolverle mas tarde, hablando i pensando. Por esto, el amor maternal es un estudio constante que jamas principia demasiado pronto. Cuando te doi una leccion, yo misma la recibo.

Ahora bien, las muñecas son niñitos simulados que deben servir como de maniqués a las niñas pequeñas para modelar, ajustar, disminuir o aumentar ellas mismas su propio carácter, ayudando de esta manera el trabajo de sus padres.

Tú comprendes esto. Tienes siete años cumplidos. Aun te llamas Luchita; pero, dentro de dos o tres años, ya serás Luisita, i a grandes pasos caminarás entónces hácia la edad en que yo, i otros que yo, te llamarán Luisa.

Entónces podré vanagloriarme, si Luchita, con sus juegos, ha preparado a Luisita para llegar a ser sabia; i si Luisita, estudiando, ha hecho de Luisa una persona instruida, modesta i sobre todo, sincera. La verdad, es el celeste resplandor de la divina belleza de Dios; ella vale infinitamente mas que la belleza de Luzbel.

Algunas veces dicen a los pequeñuelos:

—Sed juiciosos como las imájenes.

Preferiria que se les dijese:

—Sed tan juiciosos que se puedan hacer imájenes de vosotros.

Arregla tu muñeca segun tí misma, i no te mires i remires en ella, para asemejártele.

¡Qué horrible es ver a una niña que, por su aspecto, parece salir de la tienda de un mercader de juguetes; que se peina como una muñeca; que se amolda un semblante de porcelana o de cera; que, por demasiada pulidez, se desfigura la boca, i que no habla por temor de que se descubran sus artificios!

Conozco algunas de estas extravagantes máscaras. Cuando pequeñas, inspiraban lástima. Han crecido; han envejecido ¡ahora causan miedo!

Han pasado su infancia, tiesas, almidonadas, engomadas, cubiertas de barniz. Un dia, un señor corto de vista, engañándose

o dejándose engañar, las ha perdido en matrimonio. La menor desgracia que puede acontecer, es que el tal señor sea él mismo un buen zoquete. En tal caso, la vida se deslizará tontamente entre ellos.

Mas, si el marido es un hombre como tu papá, o como lo será un dia tu hermanito, entónces, Luchita, la vida es un suplicio. La mujer-muñeca concluye por resquebrajarse i reducirse a migajas, si es de cera; por volverse una pasta o lodo, si es de carton; o bien, si es de porcelana, corre el riesgo de que, un dia, su marido, curioso de ver lo que tiene en el corazon, la haga mil pedazos.

¡Sí, mil pedazos! ¿Esto te asombra? I, sin embargo, es mui cierto; i muchos sabios i académicos, que han estudiado detenidamente las muñecas, escriben libros i dramas para probar que tienen razon de romperlas; que, por mui pequeños que sean los pedazos, no será todavía bastante; i que es preciso pulverizarlas.

Tú, Luchita mia, yo te conozco. Tú, no querrias cambiar tu cabeza rosada i mofletuda, por una cabeza de cera, de carton o de porcelana. Tú quieres sentir en tus mejillas los besos de tu madre, toma, como éste; tú quieres poder reir, llorar, abrir la boca, toda la boca.

¿Para qué achicarla? las palabras no por eso saldrán mas finas, los bocados tendrán que ser mas pequeños, i, tú no quieres, me parece, reducir tus tortas.

¿Qué muñeca escojeremos?

Ayer, me mostraste una en una tienda. Tenia un vestido guarnecido de oro, cabellos arreglados con oro, i una varilla de oro en la mano. Era una hada.

No te la compraré. Los encantamientos no existen en el mundo. Las buenas i las malas hadas están en nosotras mismas. Cuando me sonries, tú eres la hada *Graciosa*; cuando te enfurruñas, eres la hada *Regañona*; cuando has estudiado bien, cuando te diviertes sin remordimiento, cuando corres en el jardin, suelta tu cabellera, rojas las mejillas, entónces eres la hada *Alegría*. Los únicos encantamientos que existen bajo del cielo, son nuestras buenas acciones.

Al lado de la hada habia una hermosa señora, ceñida sus sienes con una corona; era una reina, una emperatriz cualquiera.

¿Qué querrias enseñarle?

Esas muñecas son encantadoras, pero no se las puede desvetir sin quitarles su prestigio; i su brillo las impide asemejarse a las demas mujeres. Ellas solo son nuestras iguales cuando lloran i cuando sufren.

Tú no quieres ser reina o emperatriz. ¡Oh! esto no quiere decir que sea imposible. Muchas cosas se han visto i todo puede suceder; pero, anhelo demasiado tu felicidad para que te desee tan grandes destinos.

Por lo que te he dicho, colejirás que no escojeré ninguna de

estas muñecas ridículas, que no son mas que muñecas, que permanecerán muñecas, i que no son hechas, vestidas, engalanadas i emperifolladas, sino para agradar a otras muñecas. ¿Consentirías acaso en ser la madrina, la madre de una de estas elegantes cuyo ajuar cuesta mas caro que él de un niño i que llevan cachemiras de cien francos?

¡Sí, cien francos! es decir, el alimento de una familia pobre durante un mes; el salario de una sirviente durante dos meses; el pan de un huérfano durante un año.

Tú no te atreverías a guardar esta señorita mejor puesta que tu madre, i que parecería provocarnos a arruinar a tu padre para que no perdiésemos nuestra superioridad sobre ella. ¿Osarías llevarla en tus brazos, para atravesar por delante de la iglesia donde predicán la igualdad, o a vista de los mendigos que implorarian tu caridad?

Algunas veces has oído hablar a tu padre de los malvados que quieren apoderarse de los bienes de los ricos. Hai algunos tan malvados como éstos: son aquellos que quieren arrebatár el bien de los pobres, i que se empeñan en impedir en las familias, el órden, la economía, el aseo, la sencillez.

Corromper el gusto, es tan malo como quemar las casas; es quemar las almas. Son los enemigos de las madres previsoras i de las niñas modestas, quienes nos invitan a colocar estas sirenas de almacenes de confecciones, entre vuestras cunas i nuestras mesas de labor.

Nó, nó, Luchita, todavía estás mui distante de tu primer vestido de seda para ser la mamá de una muñeca vestida de terciopelo. No te expondré al pecado de la envidia, i de la envidia la mas fea, la mas bájá, la de las telas, de los vestidos, de los andrajos.

¿Quieres un nene? ¿Te ries? Pero ¡cuidado! Un nene que solo sabe decir *papá* i *mamá*, i abrir i cerrar los ojos, es un mendigo de caricias; i cuando te hayas cansado de darle limosna; cuando lo hayas arullado, i le hayas referido todos tus cuentos, será preciso volver a principiar. Tú no podrás confiarle tus pequeñas dichas i tus pequeños pesares; no podrás recitarle tus lecciones; no podrá crecer, esto es, trasformarse contigo; i estará siempre repitiendo *papá* i *mamá*.

Los nenes son para los nenes i para las abuelitas ya viejas; no hablemos mas.

La hija que hayamos escojido, la tomaremos pues tal cual estaba el niño Jesus en el pesebre. Tú la vestirás, quiero que sea grande, de hermosa figura, es decir de una figura verosímil. Se les forma cabezas a las muñecas, como se les hacen los vestidos, con suma exajeracion. Ella no será ni mui rosada, ni mui pálida, ni demasiado mofletuca, ni excesivamente flaca, ni bella, ni fea; como tú, en fin, de buena salud.

Tendrá soltura en los miembros, sin que por eso sea demasia-

do articulada. Desconfío de las muñecas que se prestan a todas las actitudes. Les es necesaria cierta rijidez, para evitar que la ilusion vaya demasiado léjos; es su dignidad natural.

Tendrá, como toda su raza, un encorchado en el cráneo para poner los cabellos, i estopa en el pecho para clavar los alfileres. Será pues inútil descoserla para visitarla interiormente. Me resigno con la cara de porcelana; es mas cara; pero es mas fácil de lavar.

Cuidarás de no romperla, de no dejarla caer. Hai muñecas que se acostumbran a los golpes; pero son las mas feas, las incorre-jibles, esas de carton.

La hospedarás en tu cuarto; le darás tus costumbres; cumplirás delante de ella todos tus deberes, como si ella pudiese juzgarlos. Ella te recordará sin cesar que, para no quedar vacía i muda como ella, es necesario aprender. Es una prenda que te doi, como en el juego; mas, este juego es grave en el fondo. Es el de la vida.

No te la volveré a pedir. ¿Sabes a quien tendrás que devolvér-sela dentro de diez o doce años?

A un señor mui político, mui respetuoso, pero mui exigente, a pesar de sus sonrisas, que vendrá a saber si he educado bien a mi hija; i a quien yo te presentaré, a tí, grande, séria, modesta i buena. Al ver a tu lado, tu muñeca que se ha quedado pequeña, un poco descolorida, pero en buen estado, mirará, comparará, juzgará la diferencia de las dos personas, i dirá:

—Las tomo a las dós; se parecen tan poco, que no me equivo-caré.

Entónces, Luchita mía, seguirás con tu muñeca a ese gran señor, tu nuevo, tu último camarada. Llevarás los dos ajuares, i conservarás, para mostrarla un dia a tus hijos, la muñeca que te habia escojido tu madre i que te habrá traído la dicha.

¡Ven a vestirte: el comerciante nos espera!

II.

LOS JUEGOS.

Hé ahí lo que resulta, Luchita, de jugar a la gallina ciega, con los niños de tu edad.

Mírate en el espejo. Estás encendida como una grana, lo que te impide enrojecer de vergüenza. Tienes una rotura en la manga i un chichon en la frente. Te han hecho correr hasta perder el aliento, te han despedazado, te han hecho caer. Así son siempre esos pillastrones, ya sean chicos o grandes, siempre harán lo mismo. Es el destino de las niñas demasiado buenas i de las mujeres demasiado débiles.

No me gustan estas cosas, Luchita, ni ahora, ni nunca.

No te impido que juegues con tu hermano i sus amigos. ¡Al contrario!

Es bueno que te acostumbres con el carácter de ellos, con su jenerosidad i hasta con su maldad. Cuando hayas llegado a ser una mujer, como yo, acordándote que tú los tratabas como hombres, cuando eran buenos contigo, los tratarás como niños grandes, cuando te causen alguna pena.

Conozco algunas madres que prohíben a sus hijas pequeñas el levantar los ojos delante de los niños. Esas madres conocen, sin duda, a niños mui malos i no están seguras de poseer buenas hijas. Yo, quiero tener confianza en los niños que recibo, i como entiendo que siempre me tengas abierta tu alma, para que yo pueda leer en ella, trataré de hacerte leer en la mia la razon de mis consejos i de mis acciones.

Tú conoces ese gran pais de las montañas azules, de las casas azules, de los árboles azules, que está pintado en los dos grandes floreros de mi cuarto. Es el Japon.

En ese pais tienen la costumbre de escojer, desde la edad de cuatro o cinco años, la niña que debe ser un dia la esposa de un niño de casi la misma edad.

Cuando los padres han hecho entre sí los arreglos indispensables, educan e instruyen a los niños el uno para el otro. De tiempo en tiempo, se examina i se compara su espíritu, como se examina i se compara su estatura, para ver si crecen bien i de la misma manera, en jentileza e instruccion.

Los japoneses, que son jentes mui corteses, no se atreven a burlarse de nuestros usos delante de nosotros; mas, entre ellos, parece que encuentran sumamente rara la moda de ocultar el uno al otro, durante veinte años, dos séres destinados a no tener nada oculto el uno para el otro, despues de sus veinte años.

No llevo la prevision tan léjos como las madres japonesas; i francamente, Luchita, yo no sé si tu futuro marido se halla entre los traviesos que te maltrataron hace un instante. Pero yo sé que no te educo para servir a Santa Catalina; i si te he dado una muñeca para enseñarte el oficio de mamá, te dejo tambien jugar con pequeños camaradas que, mas tarde, serán hombres, para que, jugando, aprendas el oficio de mujer.

No obstante, Luchita, es ser demasiado complaciente en consentir siempre en hacer de caballo cuando jugais a la diligencia. Cada uno a su turno; o mas bien, no aceptes sino los tiros de a dos.

En sí mismo, el juego de la diligencia es un juego como cualquiera otro. Tiene su enseñanza.

La vida es un enorme i pesado carruaje, que se hace rodar con facilidad, cuando el hombre i la mujer están a uno i otro lado de la misma lanza i marchan al mismo paso. El cochero permanece invisible; se sienten sin embargo sus golpes. El camino ora es suave, plano i sin obstáculos, ora áspero, cuesta arriba i pedre-

goso. Si la subida es difícil, se hacen bajar los niños que juegan en torno de los caballos de tiro, i que les devuelven las fuerzas. ¡Vuestros besos i vuestros juegos son nuestra avena!

Pero, entre tanto, no quiero que te lastimen los brazos con una cuerda, ni que te pongan una mordaza en la boca.

Cuando te recomiendo que seas buena i paciente, no te digo que te hagas esclava. Piafa con dignidad; eso bastará para advertir a los cocheros impertinentes.

Mas tarde, tú verás en los libros, ántes de verlo en el mundo, que el bien, para realizarse, necesita de la fuerza del hombre i de la dignidad de la mujer.

Los pueblos que nunca han cesado de tratar a la mujer como bestia de carga, no han comenzado aun su civilizacion; i los pueblos en donde la mujer desprecia i domina completamente al hombre, principian su decadencia.

Es preciso no despreciar a ninguna creatura viviente, Luchita, no mas al hombre que a la avecilla. Es menester no exponerse al desprecio de ningun sér animado, no mas al de la avecilla que al del hombre. Nuestro rol es de domesticar: las aves, para que olviden sus alas, los hombres para que las deseen i miren al cielo.

Domestica, pues, los amiguitos de tu hermano, i no te dejes martirizar mas por esos orgullosos gorriones.

Rie, charla, corre, juega envuelta con ellos en el mismo rayo de sol, en el mismo torbellino de polvo i de alegría; pero, no profanes la inocente libertad que te doi, haciéndote roturas en los vestidos i chichones en la frente.

Esto no significa que hayas de sentirte por un golpe dado sin mala intencion.

El mal físico no es el verdadero mal; solo es la apariencia. El dolor es una insidiosa cuestion que nos hace la vil materia, para saber si tenemos una alma. Mas tarde aprenderás esto.

Castigo a tu hermano cada vez que llora por una desolladura. El será soldado; es una de las pruebas que la patria impone al corazon de las madres; si saca su pañuelo del bolsillo, en el campo de batalla, que sea para vendar la herida de un camarada o la suya propia, mas no para enjugarse los ojos.

Tú, Luchita mia, tú no irás a la guerra, i deseo ardientemente que haya del todo desaparecido, cuando seas esposa i madre.

No obstante, los hombres están todavía tan léjos de entenderse, para jugar al mismo juego sin enojarse i sin batirse, que quizás te verás obligada a cuidar heridos. Aprende, desde ahora, a sufrir sonriendo, para que aprendas a hacer sonreír a aquellos que sufrirán delante de tí.

Te prohibo sin embargo el exponerte sin necesidad; pero no te prohibo jugar; como tampoco te prohibo trabajar, rezar, cantar i respirar.

El juego es tambien un deber. Todos juegan en este mundo.

Para los niños, es la gramática de la salud; para los grandes, es la gimnástica del buen humor.

El amor del juego es un instinto que se puede engañar, corromper, transformar, pero no destruir.

No quiero hablarte de los juegos del mundo. Te asombrarías, Luchita, de los grandes nombres que toman i de los honores que algunas veces reciben. Véanse pueblos sérios prosternarse delante de hombres que llaman héroes, porque son jugadores de dados; grandes políticos, porque son jugadores de naipes; grandes salvadores, porque son jugadores de cubiletes.

La moral no siempre tiene su parte en estas ovaciones de la habilidad; pero la moral también es un juego, i los que juegan trampean mui a menudo.

Vas a temblar, Luchita. Hai mujeres que hacen de sus sentimientos i de sus deberes mas sagrados, juegos pérfidos i homicidas. Hai hombres que juegan todos los dias el pan de sus familias, so pretesto de industria o de ambicion.

La lucha de la razon contra el azar ocupa i atormenta a las tres cuartas partes de la humanidad.

Tú ves que el exceso del juego puede dejenerar en un gran vicio.

En cuanto a tí, Luchita, no tengas ningun escrúpulo; i cuando has aprendido todas tus lecciones, cuando has terminado todos tus deberes ¡anda a jugar! Olvida por una hora, por dos horas, que el mal i los malvados existen sobre la tierra. ¡Vé! ¡corre! toma tu raqueta i tu volante.

La raqueta, es la experiencia que da empuje al deseo. El volante es tu corazon rodeado de plumas. ¡Lánzalo al aire, hazlo saltar, volar bien arriba, tan arriba como puedas en el azul del cielo! Cuida que no caiga a tierra; no le quites sus plumas; el corcho mismo seria entónces demasiado pesado. ¡Acompáñalo siempre con la mirada, con la esperanza, con la sonrisa!

El juego del volante es mi juego predilecto; te ejercita toda entera; te obliga a tenerte derecha, a correr, saltar, a levantar los brazos, la cabeza, el cuerpo, todo tu sér.

Gusto ménos del juego de la cuerda. No obstante, se requiere mucha ajilidad i su ejercicio es excelente. Salta, hija mia, para tí sola ¿lo entiendes? i no para hacerte admirar. Has la cruz de Malta, la cruz del caballero; no abuses de las dobles i triples vueltas; son el supérfluo de la vanidad que fatiga. Cuando te sientas cansada, ten cuidado de no reposarte demasiado presto.

Guarda para el invierno los juegos de paciencia, los juegos de historia, de viaje; i, para el mal tiempo, los juegos del hogar i de las muñecas.

Han regalado a tu hermano una caja de juegos de destreza. Nada encuentro en ella a propósito para tí.

En esta caja de Pandora han puesto cubiletes, estuches, para enseñar el arte de escamotar. ¿Con qué objeto dar a los niños el

hábito del engaño? Por desgracia, demasiado impulsados somos al encubrimiento i al disimulo. Tu hermano tiene juegos mas nobles que buscar. Hazle amar largo tiempo la inocencia de los tuyos.

Cuando estais ahí, jugando ámbos en medio del parque; cuando te veo, a cada grande esfuerzo, morderte los labios, lo que ayuda mucho a lanzar mas léjos el aro; cuando tu hermano se alza sobre las puntas de los piés, como si quisiera abarcar cien veces en el espacio la distancia que pone entre su talon i la tierra; cuando os oigo reir a cada chambonada; cuando veo a vuestras dos personitas, avanzar, recular, retorcerse, enlazar los brazos, tropezar algunas veces, recibir, no acertar al aro i reir siempre ¡oh! entónces, yo me arrelleno con delicia en mi gran poltrona. Me siento feliz de veros jugar; como lo soi de veros trabajar. Me parece que vuestra animacion aumenta la vida que nos rodea; que vuestra alegría añade un resplandor mas al sol, una flor al jardin, una virtud a mi alma.

No os amo mas, queriditos míos, porque eso es imposible; pero os amo con ménos inquietud. Yo tambien olvido entónces los peligros de la vida, [sus fealdades; solo veo sus gracias. Vuestros juegos son los nuestros, hijos míos; ellos nos tranquilizan del pasado que no conoceis: ellos nos hacen confiar en el porvenir que centellea en vuestros ojos.

Hé aquí por que, Luchita mia, una vez mas, te prohibo hacer de caballo.... En grandes aprietos te verias si yo te condenase a comer heno.

III.

LAS LECCIONES QUE APRENDER.

Abre tus ojos, Luchita, tanto como tus oídos, para escucharme mejor. Las palabras de una madre se ven en su rostro. Mírame, pues, para que me comprendas bien.

Porque lees correctamente; porque ya no tienes necesidad que las palabras impresas sean grandes como guisantes; i porque escribes letras un poco mas finas que lentejas, te consideras sabia i ya no quieres aprender.

Has declarado que la gramática te fastidia; que la historia antigua era demasiado vieja para parecerte bonita; que, sin duda, tú nunca irias al mercado i que, por consiguiente, no tenias necesidad de saber contar; que con los ferrocarriles la jeografía era inútil; que en los libros de cuentos se habla siempre de niñas expuestas a desposarse con príncipes hermosísimos, pero que, en ninguna parte, se habla de la necesidad de recibir lecciones, i, llevando el escándalo hasta su colmo, has llenado de tierra tu

tintero i plantado tu pluma de acero, como una insignia de revuelta, en medio de esta barricada.

¿Es esto verdad? Yo no te reprenderé, hija mia, porque, no hai duda, a tí te toca reprenderme. Los padres son siempre responsables de la pereza de sus hijos.

El mundo nunca podrá admitir que una niña amada, acariciada, i que tiene delante de sus ojos el ejemplo de su padre i de su madre que trabajan, pueda resignarse o encapricharse en permanecer ignorante, para ser mas tarde necia e insoportable.

El mundo dice:

—¡Es la falta de los padres!

I el mundo tiene razon. Talvez no he hecho lo posible por procurarte el gusto por el estudio. Mas, puesto que todavia es tiempo de arrepentirme, dime, Luchita ¿en qué he obrado mal para que quieras ser mi castigo i mi vergüenza?

Desde que sabes hablar, a cada paso, siempre me interrogas; i sabe Dios que muchas veces he tenido que hojear mis antiguos cuadernos para contestar a tus eternos: *¿Por qué? ¿Cómo sucede entónces que siendo tan curiosa, no quieres abreviar el tiempo tratando de responderte a tí misma?*

Tu erudicion hasta aquí se reduce a los cuentos de hadas. Con eso te contentas. ¡Cuidado! no hai un solo cuento que no sea un reproche de tu pereza.

Quieres decirme, Luchita, quién es la Caperucita Encarnada, sino una pequeña retozona que no sabe nada, i que el lobo se engulle, porque, en su ignorancia de la historia natural, la mui atolondrada ha confundido a un lobo con su abuelita.

Imajínate el pesar de la mamá de la Caperucita Encarnada. ¿Crees tú que no tendrá remordimientos de haber confiado una galleta tan hermosa i un tarrito de mantequilla tan fresca, a una chucuela bastante necia para referir, en el camino, sus encargos al primer lobo que encuentra, i para no saber que los lobos no tienen grandes patas, grandes ojos, una boca enorme i dientes agudísimos sino para comerse mejor a la jente?

¿Tú compadeces a la Caperucita Encarnada? Yo compadezco a su mamá, que ha debido morir de pesar; i compadezco al lobo que ha debido morir de indigestion; pues una niñita tan poco avisada es mui difícil de tragar.

¿Tomas un aire provocativo?

¿Porqué no hai lobos en nuestro jardin, crees tú que no los hai en ninguna parte?

Te equivocas. Hai i habrá siempre lobos en el mundo, en tanto que existan hombres; i lobos de grandes dientes para engullir a los ignorantes, a los tontos, a los que nada han aprendido: caperuzas rojas, caperuzas azules, caperuzas blancas, caperuzas de todos los colores i de todas las categorías.

¡Cuántos insensatos que arriesgan su galleta i su tarrito de mantequilla, rehusando instruirse, i que van a arrojarse en las

fauces del lobo, prodigándole mil caricias, sin acordarse que los lobos pueden ocultarse bajo las mas respetables papalinas!

Compara la necedad de la Caperucita Encarnada con la sagacidad de Pulgarito.

Hé ahí uno que deseaba aprender; i como sus padres eran demasiado pobres para costear maestros, aprendió solo, mui ligero; i su saber no solo le aprovechó a él, sino tambien a sus hermanos i a toda su familia.

Lo despreciaban por que era mui pequeñito. Tú comprendes que era una injusticia. El alma no se juzga por el tamaño de las personas. Si así fuera, los tambores mayores serian héroes; i todos los hombres grandes serian grandes hombres.

Por el contrario se han visto hombres, no mas grandes que la bota de un ogro, hacer prodijios.

Pulgarito no tenia el aire de un salvador, i sin embargo, salvó a todos los suyos.

¿Qué hizo para encontrar su camino? Esparció guijarros; era una nueva clase de dibujo, una especie de jeografía en relieve. ¿Cuando la noche lo sorprendió en el bosque, se contentó acaso con llorar? Nó. Trepóse arriba de un árbol, buscó una luz, la vió, i la siguió.

¿Cuando el ogro corria tras de él, cómo salió de apuros Pulgarito? Tomando las botas de siete leguas; lo que significa que no se habria visto embarazado para tomar el ferrocarril, si el ferrocarril hubiese sido inventado, i que estaba al corriente de los progresos hechos en el calzado por los zapateros de aquel tiempo.

Dime, Luchita, ¿qué harías si te encontrases perdida de repente en el universo, mui léjos de aquí? Llorarías, me llamarías; pero ni siquiera sabrías hácia que lado habias de dirigir tu voz.

Rogarías a Dios; lo creo. Mas, si Dios desea que tengamos confianza en El; prohíbe que nos atengamos únicamente a El para salir de apuros. El quiere que hagamos un esfuerzo. El ayuda a los que trabajan; pero no hace la tarea de los holgazanes. Ha creado los paises para que los conozcamos, i nos permite trazar caminos, para que nos sirvamos de ellos. El te dejaria perdida para castigarte de no haber querido aprender de qué manera uno siembra su espíritu en los libros, a fin de volver a encontrarse en ellos; cómo uno debe elevarse sobre sí mismo para buscar en las tinieblas de su ignorancia, la pequeña luz que brilla siempre en el horizonte.

Estudia pues la jeografía, Luchita mia; son las botas de siete leguas de nuestros sueños. No te digas que esta ciencia está reservada a los viajeros. ¿Quién te asegura que no viajarás un dia? ¡Hai tantas maneras de abandonar su pais! No solo se va fuera de la patria por puro placer o por negocios. No quiero hacerte lúgubres predicciones. Sabe solamente que no hai ninguna ciencia que deba estar reservada a los hombres, puesto que no hai

ninguna desgracia, ningun duelo, ningun sacrificio que no pueda ser compartido por la mujer.

¿Quieres que te refiera una historia verdadera? (1)

Habia una vez un pueblo amable, hermoso, viejo i sin embargo jóven, como si hubiese sido tocado por una vara májica. Era rico, como Barba-Azul; halagado i aclamado como el mismísimo marques de Carabas. No habia en el universo entero, fiesta a que no acudiera, ni buena accion que sin él pudiera hacerse. Desgraciadamente, era mui orgulloso, i creia saberlo todo, porque se reia de todo.

Como la Caperucita Encarnada, llevaba una excelente galleta i un tarrito de mantequilla para los pobres que no tenian. Iba saltando, cantando, recojiendo avellanas. Quiso un dia, mal aconsejado, salir de su bosque e ir a cojer en el del vecino.

El desdichado pueblo descubrió entónces que ignoraba los caminos del vecino; pero que el vecino, en cambio, conocia los del atolondrado. Partió, a pesar de todo, olvidando la historia i los cuentos! ¡Ai! no anduvo mucho. Sus jefes no sabian mas que él.

Entónces, Luchita, se vió una cosa horrible.

No solamente los lobos estaban escondidos detras de los avellanos del vecino, sino que vinieron a comerse las avellanas de los otros. Vióse entónces que afilando sus dientes, habian aprendido la jeografía. Conocian hasta los menores senderos de sus enemigos. Llegaban de improviso, a las ciudades, a los campos, i delante de las puertas aun las mas ocultas.

¡Fué un terrible desastre!

Los lobos se comieron todo, hombres, mujeres, ganados, hasta los muebles; i, en su glotonería, se tragaron los relojes, pensando que un pueblo que no sabia aprovechar el tiempo no necesitaba saber la hora.

Desde aquel dia, Luchita mia, en ese pueblo devastado por los lobos, todas las mujeres juraron estudiar la jeografía i la historia, para enseñarlas a sus hijos i consolar a sus maridos.

Ese pueblo, Luchita, es la Francia. Supongo que no querrás un dia ver rondar en torno de la cuna de tus hijos, los lobos que arrasaron aquel hermoso pais. Apresúrate pues a estudiar la jeografía para agradar a tu hermano, i para ser digna del colejialito que será un dia tu marido.

Volvamos a nuestros cuentos.

Mucho quieres a tu gatito ¿no es verdad? Al acariciarlo, acuérdate del gato sublime que salvó un dia a su amo, i le adquirió por su saber una gran fortuna.

En sí misma, la moral del *Gato con botas* deja algo que desear. Apoderábase frecuentemente de los bienes que encontraba para dárselos a su amo; pero los *gatos con botas* no hacen otra cosa; i si los animales, que son mas industriosos que nosotros, tuviesen

(1) Alusion a las desgracias de la Francia, en la guerra de 1870.

la misma moralidad, nos serian superiores. Seria necesario entonces empeñarse en ser animal.

No temas nunca saber demasiado, Luchita. Hai una curiosidad frívola, la que estuvo a punto de perder a madama Barba-Azul. Esta solo pensaba en husmear en los armarios i en registrar sus trapos i sus alhajas. Pero hai una curiosidad séria, excelente, aquella que hace buscar las ventajas del corazon i del espíritu bajo las fealdades i deformidades aparentes.

Acuérdate de la hermosa princesa, tan poco espiritual i que se hizo un prodijio de espíritu, casándose con el sabio i feo Riquet el del Copete, i de Riquet el del Copete, que llegó a ser hermoso casándose con la reina de belleza a la cual él le daba espíritu.

¿No es esta la prueba de que el espíritu i el saber son mas poderosos que la belleza, puesto que la aumentan i la fuerzan a obedecer?

Así, está convenido; en adelante aprenderás tus lecciones de historia, para comprobar la moralidad de los cuentos; aprenderás tu jeografía para saber hallar tu camino en este mundo; la astronomía para buscar tu ruta en el cielo; la aritmética para adquirir el órden, la economía i moderar tu anhelo de ejercer la caridad sin arruinarte.

Aprenderás lo mas que puedas. En tanto que los hombres no tendrán jamas bastante ciencia, las mujeres nunca tendrán demasiada.

Quiero que si la suerte o la desgracia te reviste de una *piel de asno*, se descubra bajo ese disfraz una mujercita capaz de comprenderlo todo, i de brillar como un diamante en el recinto de su hogar.

¡El hogar! ¡henos aquí! Es el gran objeto de la vida, el terror de los espíritus lijeros e ignorantes, pero tambien es una ciencia; la ciencia por la cual se forman todas las demas.

Historia natural, historia de los acontecimientos, aritmética, química, botánica con el arte de conducirse bien i de saber conducir a los otros, todo concurre a la dicha íntima, al órden, a la economía, a la buena salud física i moral del marido i de los hijos.

En el hogar existen toda clase de alegrías i de recompensas; el cuento de la *Cenicienta* nos lo enseña; pero recomendándonos no acostarnos nunca demasiado tarde, i no olvidando jamas el deber en el placer.

Tengo la intencion, Luchita, de enseñarte una profesion. Se han visto algunas hijas de rentistas, mas ricas, ellas solas, que tres hijas de reyes, hacerse recibir como institutrices, maestras de escuelas. Esto es prevision; una profesion nada quita i puede reemplazarlo todo.

Mira lo que sucedió a la desdichada princesa durmiente del bosque. En aquel tiempo se educaba ya mui mal a los príncipes i a las princesas. No se les exijia que rindiesen exámenes, para

ser reyes o reinas, ni que fuesen los primeros en sus exámenes, puesto que ambicionaban ser los primeros entre los examinados.

Si la princesa hubiese sabido hilar en su rueca, si le hubieran enseñado este oficio primitivo, esencial, no se habría herido torpemente i no habría dormido cien años.

¡Cien años! no es mucho para el sueño de los príncipes, que duermen mucho mas cuando se ponen a dormir; sin embargo, ya es demasiado. Como la costumbre de halagar a los príncipes i a las princesas data desde el oríjen de los principados, refieren en el cuento que una hada había condenado a la bella a estar herida, i que éste era un destino fatal. Sí ¡era un destino! mas, yo sé el nombre de la perversa hada: la llamaban la hada Pereza; ella es la que condena a los niños ignorantes.

Ayer por la mañana, te he visto desde mi ventana plantar en una maceta una margarita arrancada del parterre. Tenía ganas de advertirte que esa flor sin raíces no tenía esperanza alguna de reverdecer. Pero, tú trabajabas con tanto empeño, estabas tan segura de tí misma, que preferí dejarte concluir tu faena.

¡Pobre florecilla! la enterraste en la tierra como enterraste tu pluma en el tintero, ni siquiera la regaste para prolongar la agonía de su frescura; i ufana instalaste tu maceta en pleno sol, para que nada faltase al suplicio de la hermosa margarita.

Esta mañana, mira: la flor está marchita, seca; está caída sobre el borde de la maceta i todas las regaderas del cielo i de la tierra no podrían reanimarla. ¡Ya ni siquiera causa lástima! Está fea; causa horror; solo resta arrancarla i arrojarla a la basura.

No quiero, Luchita, que te asemejes nunca a esta flor de un día, tan mal plantada, tan mal cuidada. Yo me atengo a tu raíz: es la ciencia que toda niña modesta debe ocultar, pero que, bebiendo los jugos de los libros, de las lecciones i de la experiencia, produce la savia, i, mas tarde, producirá flores.

Ignoro en que maceta te tocará brillar; que sea de greda, de loza o de porcelana, con tal que no tenga rajaduras, yo te plantaré con confianza. Quiero que florescas con toda seguridad; que embalsames el aire en torno tuyo. Mas, para esto, querida ramita arrancada de mi corazón, vas a prometerme que te dejarás abonar, regar, podar, cuidar, como una plantita sumisa i obediente.

¿Dices que sí? Así me gusta. Ahora, cuando me hagas llorar, será de gozo i de orgullo. Esas lágrimas, Luchita mia, cayendo sobre tí, serán el rocío de tu alborada.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

ESCRITORES COLOMBIANOS.

RAMON M. ARANA.

Nació en Cartago, Estado del Cauca, el 8 de setiembre de 1820.

Hizo sus estudios en el colejio de Santa Librada, en Cali, i en el provincial de Cartago, completándolos mas tarde en el de San Bartolomé de Bogotá.

Fué secretario de la gobernacion de Pasto de 1849 a 1851, secretario del Cauca de 1861 a 1863, diputado por el Estado de su nacimiento a la Convencion de Rionegro de 1863, diputado a la lejislatura del mismo Estado, varias veces, jefe del municipio de Quindio en 1867; i últimamente, en la administracion del doctor Murillo, fué nombrado cónsul en Brusélas.

Como defensor de la célebre causa que los habitantes de la aldea de María promovieron sobre límites, escribió varios folletos i hojas sueltas.

En Pasto redactó, en los años 1849, 50 i 51, los periódicos políticos EL VOLCAN i LAS MÁSCARAS, i en Bogotá ha colaborado en EL SÍKIS, el DIARIO DE CUNDINAMARCA i otros. Fué de los fundadores i redactores de LA NUEVA IDEA.

LUCIANO RIVERA G.

Nació en Buga, Estado del Cauca, el 5 de diciembre de 1846.

Hizo sus estudios en la capital de la república en los colejios de Perez hermanos, de los jesuitas i Santo Tomas de Aquino, en la época en que fué dirijido por el doctor Ortiz.

Comenzó a escribir para el público a la edad de diezinueve años, i desde entónces colaboró en los periódicos LA ALIANZA, EL HOGAR, LA FÉ, EL MUSEO LITERARIO, EL BIEN PÚBLICO, EL ECO LITERARIO, LA REVISTA i LA AMÉRICA, de Bogotá; en EL CÓNDROR i EL OÁSIS, de Medellín; en EL CAUCA, de Popayan; i en LA ESPERANZA, de Guayaquil.

Varios de sus artículos han sido reproducidos en periódicos de otras repúblicas.

En 1871 dió a luz sus ENSAYOS LITERARIOS, coleccion de cuatro narraciones cortas; i en seguida las cartas de viaje, que llevan por título: DE BUGA A QUITO, que aparecieron en EL BIEN PÚBLICO.

Tiene inédita una novela de costumbres, i actualmente prepara-

ra, para dar a la prensa, su obra nominada: DE AMÉRICA A EUROPA—RECUERDOS DE VIAJE.

Algunos de sus escritos están firmados con el seudónimo: RIVAS GALLARDO.

JOSÉ HILARIO LOPEZ.

Nació en Popayan, Estado del Cauca, el 18 de febrero de 1798.

Tomó parte en la guerra de la independencia desde el 9 de octubre de 1812, enrolándose en el ejército patriota como cadete de la 5.^a compañía de infantería, mandada por el capitán José María Ordóñez; i por su valor i decision en la causa patriota, obtuvo el grado de jeneral.

Fué gobernador de la provincia de Bogotá, secretario de guerra i marina, ministro residente de la Nueva Granada en Roma i Presidente de la República.

El año de 1857 publicó en Paris el primer tomo de sus MEMORIAS.

Murió en Neiva el 27 de noviembre de 1869 i despues de sufrir una larga i penosa enfermedad.

AGUSTIN NUÑEZ.

Nació en Cartajena en 1813.

Siguió en 1815, con sus padres, a la emigracion de los patriotas, despues de la heróica defensa que éstos hicieron durante el sitio de esa plaza por los españoles.

De regreso a Cartajena, en 1822, entró a la escuela del padre frai Nicolas Ruiz, en donde adquirió los conocimientos elementales correspondientes a su edad.

Vino en 1823 al colejio del Rosario de esta ciudad, donde cursó filosofía hasta 1827.

En Cartajena concluyó su carrera recibiendo en la Universidad de Magdalena e Istmo i en el tribunal de ese mismo distrito, los grados de bachiller, licenciado i doctor en jurisprudencia, i en 1832 el título de abogado.

En 1834 era ya juez de primera instancia, juez de hacienda de la provincia de Cartajena i presidente del consejo municipal del canton, no obstante las muchas atenciones de la casa de comercio del señor su padre, quien en ese año i en el siguiente vino al congreso de senador.

En el mismo año intervino como conjuez del tribunal superior, en el fallo de la célebre causa del ex-jeneral José Ignacio Luque, seguida por asesinato i robos cometidos en el correo del interior.

Redactó la sentencia condenatoria que impuso a Luque la pena de destierro perpétuo, apesar de la opinion del respetable magistrado doctor José Marcelino del Real, que propuso la de presidio.

Acusado el doctor Nuñez ante la corte suprema por este fallo (el doctor del Real habia muerto en 1835) sostuvo la legalidad de la sentencia i fué absuelto en primera i segunda instancia.

En 1839 vino el doctor Nuñez a Bogotá con el objeto de recibir del señor José María Plata los cuantiosos intereses que este señor manejó como apoderado i agente del señor Manuel María Nuñez, padre del doctor.

I en mayo del mismo año, recibió poder de los majistrados del tribunal superior de justicia del Magdalena e Istmo, para defenderlos ante el senado de la república, contra la acusacion intentada el año anterior por la cámara de representantes, por la sentencia que dictó dicho tribunal en el negocio de la goleta americana *By Chance*. La sentencia fué absolutoria.

Pocos meses despues se dirigió el doctor Nuñez a los Estados Unidos i luego a Europa, en donde permaneció cerca de nueve años al frente de una casa de comercio, hasta su regreso a Cartajena en 1848.

Fué en 1849 el primer gobernador de la nueva provincia de Ocaña hasta 1852 i su primer representante en los congresos de 1850 i 1851. En este último congreso fué él quien redactó i presentó por primera vez el proyecto de lei sobre separacion de la Iglesia i del Estado, i el primero que propuso la forma de gobierno federal por completo, en el proyecto de constitucion que se discutia en dicho año.

Elejido a la vez senador por la provincia de Cartajena i representante por la nueva provincia de Valledupar, concurrió por ésta al congreso constituyente de 1853.

En el Estado de Magdalena fué diputado a la asamblea constituyente de 1857. Redactó la constitucion de ese año i los códigos civil, penal, de organizacion judicial i de procedimientos i las leyes mas importantes. Fué ministro del tribunal del mismo Estado, procurador jeneral; i en 1861 fué nombrado consejero de gobierno, con cuyo carácter vino a esta capital en 1862. En seguida fué elejido diputado a la convencion de 1863, en Rionegro, a la cual concurrió.

El Estado de Bolívar lo nombró ministro del tribunal superior para 1860 i 1861, i senador plenipotenciario para los congresos de 1870, 1871, 1874 i 1875. Actualmente es diputado electo para la asamblea próxima.

Fundó varios periódicos en Riohacha, Ocaña, Cartajena i Santamarta, en varias imprentas de su propiedad. Ha colaborado en varios, señaladamente en EL NUEVO MUNDO, de Bogotá, periódico de oposicion, haciendo el "exámen de actos oficiales."

En 1872 redactó los proyectos de códigos nacionales de los

cuales el congreso de 1873 aprobó el civil, el penal i el fiscal; quedando pendientes el administrativo, el militar i el de fomento.

MEDARDO RIVAS.

Nació en Bogotá el 4 de junio de 1825.

Hizo sus estudios en el colejo del Rosario i recibió mui jóven aun el grado de doctor.

Durante la administracion del jeneral José H. Lopez, fué nombrado cónsul de la República en Venezuela, i despues pasó a los Estados Unidos del Norte, en donde se perfeccionó en el conocimiento de los idiomas frances e ingles.

Mas tarde ha desempeñado los destinos de representante, senador, secretario de guerra i marina i cónsul jeneral de la República del Ecuador i de la República Arjentina. La administracion del señor Perez le nombró cónsul jeneral en Berlin; empleo que no aceptó.

En la revolucion del año de 1860 obtuvo el grado de jeneral.

Ha sido colaborador de muchos periódicos del pais i del extranjero i redactor de EL LIBERAL, EL SIGLO (en compañía de los señores Salvador Camacho R. i Antonio M. Pradilla) i de LA REVISTA DE COLOMBIA, periódico político, literario i noticioso, escrito íntegramente por él; i el cual sostuvo por cinco años desde el 25 de mayo de 1868 hasta el 13 de febrero de 1872; i en su segunda época desde 21 de febrero de 1873 hasta 16 de enero de 1874.

En este periódico aparecieron sus novelas cortas: LAS DOS ROSAS, EL DESTINO, MEMORIAS DE UN AJUSTICIADO, LA VIDA EN AMÉRICA, DOLORES i TRADICIONES DE TOCAIMA; i sus comedias en un acto: LA FALTA DE ORDEN, EL SOCIALISTA i LA LECCION DE UNA NOVIA.

Es autor de las siguientes obras:

LA CONDICION DEL PUEBLO EN COLOMBIA.

LA POLA, drama.

CONFERENCIAS SOBRE EDUCACION DE LA MUJER, i

CONVERSACIONES SOBRE FILOSOFÍA.

Algunos de sus escritos llevan el seudónimo de EMILIO SOUVESTRE.

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER.

Nació en la Villa del Rosario de Cúcuta el 2 de abril de 1792.

Despues de sus estudios, abrazó la carrera de las armas, prestó bastantes servicios a la causa de la independendencia nacional i gobernó la República de Colombia desde 1819 como vice-presidente; i la de Nueva Granada como presidente en 1832.

Murió en la capital el 6 de mayo de 1840.

Escribió varios artículos políticos i sus MEMORIAS, para sincerarse ante la historia.

ISIDORO LAVERDE A.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE 1875.

CARTA SEGUNDA AL LECTOR.

Señor lector: No puedo negar a Ud. que he tenido el honor de proporcionarle una bellísima ocasion de ejercitar una de las mas preciosas virtudes cristianas: la paciencia.

¿Se acuerda Ud. de la historia de San Simon Estilita? Ud. ha reproducido a lo vivo la proeza de ese insigne penitente: solo que él se estuvo inmoble no sé cuantos años de pié sobre una columna i Ud. lo ha estado en el suelo firme durante no sé cuantos dias, en la puerta del pabellon Rose Innes & C.º, donde habrá hecho Ud. el papel de la mas primorosa de las estátuas de la Exposicion, i los que lo hayan visto habrán exclamado: ¡Si está que habla i hace pinicos!

Pero si Ud. ha hecho ejercicio de paciencia en la inmovilidad, yo lo he hecho miéntras tanto en una insufrible movilidad. Allá va lo uno por lo otro, i estamos pagados. Por contricion de amor a la patria i por atricion de temor a las multas me ha tenido Ud. durante medio mes a idas i venidas diarias a diez legua de distancia, donde, para mayor comodidad mia, se me encargó de empadronar al pueblo soberano

Oida esta cumplidísima satisfaccion, olvidemos lo pasado, deme Ud. de nuevo el brazo, sígame, mire i escuche.

Toda esta seccion, que pertenece a una sola casa de comercio, la de Rose Innes & C.º, contiene en muestras la miseria de 155,000 pesos. Creo que Ud. i yo nos contentariamos con ser dueños del valor de las muestras.

Dé Ud. aquí un vistazo jeneral. ¡Qué diversidad de máquinas i aparatos de todo jénero! El fierro i el acero en manos de la industria humana son blandos como cera para recibir las mas caprichosas formas, obedientes i hábiles para el trabajo como el mas

inteligente i bien pagado obrero, fuertes, resistentes e incansables en la labor.

Al contemplar esta variedad infinita de ruedas, sierras, aspas, gárfios i cuchillas, ¿no se le figura a Ud., señor lector, que está contemplando el repostero de máquinas de tortura que la diabólica inventiva i exquisita crueldad de los mónstruos coronados del paganismo romano tendrían de repuesto, en los tiempos de la persecucion contra los cristianos?

En cuanto a mí, le aseguro que, si bien no puedo ménos de admirar la destreza i la rapidez con que trabajan estos inanimados obreros de hierro, movidos con un impulso invisible, yo no gozo aquí.

Pero, dejémonos de filosofías i de sentimentalismos. Voi a explicarme sobre lo mas notable que vayamos encontrando; adviértole, sí, que por ahora voi hablar por boca de ganso i “si, lector, dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.”

Al lado de aquel motor quemapaja, i de aquella trilladora de Clayton, tiene Ud. una linda máquina para tascar i peinar el cáñamo. Vea Ud. cómo lo echan en bruto por este lado i cómo por el otro va saliendo en forma de sedosos filamentos como cabellos de ángel. Un poco mas allá tiene Ud. una trilladora de trigo de Pitt, otra trilladora de paja del ya mencionado Clayton i aquí esta máquina para elaborar fierro; lo que muestra el camino del ingenio industrial del hombre, que consiste en sojuzgar los elementos poniéndolos en lucha el uno contra el otro i aun en lucha suicida a cada elemento contra sí mismo.

Pasemos de largo por frente a estas sierras verticales, dignas émulas de aquella otra que en nuestro anterior paseo vimos. Esta máquina sirve para la extraccion de aceites i es, como si dijéramos, el prólogo de todas las máquinas posibles, porque todas suponen fabricado ya el aceite i en esto se parecen, entre otras cosas, a la ensalada.

Parémonos aquí, que vale la pena. Hé aquí una admirable copista. Pone Ud. a este lado de esta maquinita un radio de rueda, una horma de zapato, un bolillo de silla o lo que a Ud. se le ocurra i por el otro lado comienzan a salir como por encanto centenares de radios, hormas, bolillos, etc. Se me ocurre que si Ud. se acostara en lugar de la horma de zapato, habia de comenzar a salir por el otro lado un grimillon de hombrecitos igualitos a Ud., señor lector.

Si Ud. fuera dueño de minas, le interesarían esta bomba a vapor para desaguar i este taladro mecánico que, segun dicen, comienza a entrar en una roca i no pára hasta llegar a las mismísimas entrañas del infierno.

Si fuera Ud. siquiera molinero, no tendria precio para Ud. esta maquinaria para los trabajos preparatorios de la fabricacion de harina.

Si hubiera Ud. abrazado la industria cuyo primer usufructua-

rio i primera víctima fué nuestro padre Noé (de quien todos los humanos descendemos, mal que nos pese) se ahorraria Ud. el pago de muchos brazos con la adquisicion de esta otra máquina, i nos venderia Ud. vino barato.

Mire Ud. este formidable batallon de arados, pesada cruz de los bueyes i crudelísimos desgarradores de las piadosas entrañas de nuestra madre Tierra. Pero, consolémonos con que solo ella tiene la culpa de que sea necesario tanto rigor. Si, como en los tiempos de la edad de oro, nos diese espontáneamente sus preciados frutos, otro gallo le cantaria. Dejemos ya estos colosales instrumentos de la cirujía agrícola, i pasemos a otra cosa.

Ud. estará creyendo mui seriamente que estas preciosas chimeneas son de mármol i del mármol mas lindo del mundo. Pues está Ud. mui equivocado; no son de mármol. Pero esta vez voi a dejarlo a Ud. con la curiosidad de saber de qué están hechas las chimeneas, i la razon que me induce a ello es que se me ha olvidado el nombre del material de que me dijeron que eran.

Dicen que los mejicanos son excelentes jinetes. Así debe de ser indudablemente i ademas deben de estar blindados con acero, porque lo que es yo no cabalgaria ni por todo el oro del mundo un caballo de trote en una de estas sillas mejicanas. Con eso i todo, son ellas preferibles a las *monturas redondas* de nuestros huasos (que tienen tanto de *redondas* como Ud. de triangular.) Para montar sobre éstas hai que gastar medio dia en levantar una torre de Babel de pellones sobre el lomo de la cabalgadura; una vez concluida la tarea de ensillar, tiene Ud. que abrir las piernas como para cabalgar en dos caballos i, por último, si no nació Ud. sobre la *montura redonda*, no les arriendo a sus tobillos la ganancia que hagan con esos dos troncos laboreados que se llaman *estribos*.

So pena de vivir en la mas espantosa ociosidad, madre del tedio, i so pena de hacer el negocio de la modista con perjuicio del bolsillo del padre o del marido, las mujeres tienen que coser. No serán pocas, pues, las bendiciones femeninas que hayan recaido sobre el que inventó la primera máquina de coser. Ahora: si sobre éste han llovido a millares las bendiciones, a millones deben llover sobre el que inventó esta máquina de coser que delante tenemos. Con ella, ya no necesitan las mujeres mover con sus manos o con sus piés la máquina, cosa que les ocasionaba tantas enfermedades; bástales ahora tener cañería de agua potable en sus casas i adaptarla a este sencillísimo i pequeño motor, amen, por cierto, de gastar por una sola vez ochenta pesos.

No nos embarquemos en este maremagnum de cristalería, artículos de plaqué, de bronce i de fierro fundido.

Supongamos, señor lector, que Ud. acaba de comprar una casa i que le urje tanto instalarse en ella con su familia, que no puede Ud. esperar el tiempo necesario para que la pinten (a la familia nó, sino a la casa) se seque la pintura i se disipe el consiguiente

mal olor, todo lo cual, como Ud. sabe, no es cosa de un par de dias.

¿Qué hace Ud. en ese caso, señor lector?

¿Se queda Ud. pensándolo? Pues escuche Ud.: no tiene mas que comprar de este papel de estaño, i, donde Ud. lo pegue, remeda, a su antojo, pintura al óleo, barnices, maderas, dorados, mármoles, etc., etc. I lo que es mejor aun: puede Ud. hacer lavar cuantas veces la gana le dé, techos, paredes, frisos i puertas. ¿Me negará Ud. que el descubrimiento vale mucha plata?

Vamos a este otro, que es primo hermano del anterior. Aquí tiene Ud. papel-madera o madera-papel para empapelar. Métale Ud. pluma a la duracion que ello tendrá. I vea Ud. qué finura i qué flexibilidad en el material.

Cara tiene Ud. de poco familiarizado con las armas de fuego i la pólvora debe de tener para Ud., si no me engaño, olor a miedo. Con todo, no eche Ud. en olvido que aquí hemos visto muestras de pólvora de todas clases, desde la que sirve para hacer volar montañas hasta la que sirve para hacer que no vuelen mas los jilguerillos.

¿No le parece a Ud. cargo de conciencia que estas lindas máquinas segadoras vayan a dar al campo en vez de ser cuidadosamente guardadas como un chiche en un salon?—¿Sí?—Pues somos de una misma opinion i ¡adelante!

Aquí tiene Ud. ruedas de carreta; dicen que no son *hechizas* sino extranjeras, lo que vale tanto como afirmar que en *Extránjis no se hacen* las cosas. No crea Ud. que le digo esto por hacerle comulgar con ruedas de carreta: no llega a tanto mi audacia, señor lector.

¡Vamos, señor i amigo! ¿Qué particularidad tienen las ruedas de ese coche?

—Busco, busco, vuelvo a buscar, i no acierto.

—Es Ud. poco observador. ¿No ve Ud. que las llantas son redondas en vez de ser cuadradas?

—I ¿qué importa eso? ¿Qué ventaja resulta de ello?

—Eso yo no lo sé, señor lector. Si es mucha la curiosidad de saberlo, podriamos preguntarlo al fabricante por el primer vapor.

Esta bomba centrífuga arroja 1,200 galones de agua por minuto. De donde se colije que la tal bomba daria lo bastante para abreviar a medio Santiago.

¡Un brinco, señor lector, i estamos en pleno Centro-América, en Costa Rica! No desdice de este último nombre la preciosa coleccion de materias primas que esa republiquita luce en la Exposicion. Café, en gran variedad, arroz, frejoles i demas bebestibles i comestibles; seda, cueros, goma elástica, incienso, copaiba, quina, cacao, etc., etc., si fuera a numerarle a Ud. todo lo que hai en esta arca de Noé, tendriamos que alojarnos esta noche aquí.

Entremos ahora en la mas antipática de todas las secciones de la Exposicion. Es, sin embargo, el salon de honor, i está lleno de las baratijas industriales de los súbditos de Von Bismark. Así co-

mo allá le dije a Ud. que todo era brillante, lleno de gracia i de buen gusto, mui simpático, es decir, mui frances; así le digo ahora que todo es aquí. . . . mui aleman, demasiado aleman. ¡ Perdonen los interesados! Aquí no encontramos ni quien nos haga una indicacion; las jentes son tercas, adustas i un si es no es inciviles. ¡ Ah! si estuviéramos en el galpon frances, señor lector! I de nó, haga Ud. la prueba de preguntarle algo a ese cara de baqueta que Ud. ve allí, i sabrá cuántas son cinco. Zarandajas falsas o falsificadas, juguetes mas o ménos grotescos i ordinarios, fósforos (¡ gran novedad industrial!) etc. He ahí a lo que se reduce el salon aleman.

— Es Ud. injusto, señor escribroteador.

— ¿ En qué, señor lector?

— Allí veo yo un soberbio órgano

— Bueno para una parroquia rural.

— Alhajas, artículos galvanoplásticos, de plaqué, de bronce i de cristal.

— En cuanto a las alhajas son israelitas (para usar términos parlamentarios); de galvano-plástica no entiendo jota

— ¿ I aquellos armoniums, aquellos ricos pianos, aquel órgano mecánico?

— Ya hemos visto i veremos mucho mejor que eso, señor lector.

— ¿ Le parecen a Ud. cosas de tres al cuarto estos instrumentos ópticos, estos objetos de marfil, estos albums i necesarios con música, este camafeo que vale 3,000 pesos, estos relojes, estos vasos sagrados, estas cajas de fierro para incendios, aquellas sierras, herramientas i armas blancas?

— ¡ Todo es aleman, señor lector, todo, todo! Me ha puesto Ud. de mal humor con sus réplicas, i pongo punto final a este paseo-carta. Lo ménos malo que puede sucederle a Ud. es que le haga esperar otro par de semanas a la puerta de otra seccion de la Exposicion.

Conque, ¡ abur!

Santiago, 18 de noviembre de 1875.

RAFAEL B. GUMUCIO.